co, y que éste le contestaba siempre con el más profundo respeto, Juan se decía:

—¿Tratarán á mi madre con los mismos miramientos cuando sepan la historia de su vida?

Este pensamiento le desgarraba el corazon.

—Si alguno..... alguno de los que yo amo no estimara á mi madre.....

Cuando Federico se levantó para marcharse, María le dijo:

—Vuestra visita me ha hecho mucho bien.

—En este caso, ¿me permitís que vuelva, señora?

—Tantas veces como tengais á bien hacerlo.

Despues de la marcha de su amigo, Juan se puso cada vez más triste.

¿Por qué habia recibido su madre con tanta amabilidad á Federico? ¿Por qué le habia permitido que volviera?.....

¿Quería tener un amigo, un apoyo, en el hijo del marqués de Villepreux, de ese Villepreux cuya carta, cuanto más reflexionaba en ello, le parecía una injuria, de aquel hombre que, sin salir de los límites más estrictos de la cortesía, habia tan cruelmente humillado á él y á su madre?

Esta se hallaba fuera ya de peligro y Juan, ocupándose ménos de ella, pensaba más en sí mismo.

Su memoria le ofrecía todos incidentes que le haban ocurrido desde su llegada á Paris, la insolente acogida que le habia hecho el marqués, la franca amistad de las damas de Villepreux, el amor de Enriqueta y más que todo, la hostilidad tan impertinente de Honorato.

Y de repente el jóven murmuró con acento angustiado:

—¡Oh, ese hombre! ¿Qué es lo que sabe de nosotros?

VII.

ALIANZA OFENSIVA Y DEFENSIVA.

Juan Renaud se distrajo un tanto de sus sombrías preocupaciones con una carta que recibió por la noche, carta diminuta, perfumada, con la direccion escrita en letra menuda y ostentando un monograma gótico, perfectamente grabado en el cierre del sobre.

Como en los momentos en que sufrimos alguna emocion la menor cosa nos asusta, Juan

titubeó al abrir aquella esquela, temiendo que fuera portadora de alguna mala noticia.

Pero descifrando el monograma, dijo sonriendo:

—Luisa..... Es de mi aliada la señorita Florimont.

La tenia completamente olvidada.

—Es de esa encantadora niña que con tanta gentileza me ha ofrecido su amistad.

Y leyó lo que sigue:

"Muy señor mio y aliado: Habiendo llegado ya los dias aciagos, me atrevo á recordaros nuestro pacto de alianza ofensiva y defensiva. En consecuencia, os espero mañana á las cinco para conferenciar respecto á los medios que hemos de emplear pera defendernos.

"Mi padre y yo nos hemos interesado mucho por la salud de su señora madre; hemos tenido todos los dias noticias de su enfermedad y nos alegramos mucho de su mejoría. Hacedla presente mi más afectuoso recuerdo, hasta tanto me proporcione la honra de recibirme.

"Vuestra aliada,

Luisa Florimont."

Juan empezó y acabó sonriéndose la lectura de esta carta, pues no habia tomado en serio el tal proyecto, creyendo más bien que era alguna de esas mil futilezas que suelen servir

para sostener la conversacion; pero agradeció mucho el respetuoso afecto de la jóven á su madre, y no pudo resistir al placer de enseñársela.

—Toma, le dijo, la mitad es para tí.

Y mientras que su madre leia, le contó la historia del tratado de alianza á que Luisa se refería.

—Debe ser una jóven muy franca, repuso María.

—Y algo atrevida tambien, añadió Juan sonriendo.

—¡Bah!..... ¡Hija única y por lo tanto mimada! Es natural; más esto no quita que sea buena y amante..... En fin, es aliada tuya y siento ya algo de cariño hacia ella. Dícelo así, asegurándola al mismo tiempo que tendré sumo gusto de recibirla.

—¿Quieres, pues, que vaya á su casa, madre mia?

—Mañana te espera.

—Pero dejarte sola.....

—Ya sabes que me encuentro muy mejorada.

María Renaud comprendió que Luisa podia ayudar á su hijo y además era muy dada á querer á todos los que amaban á Juan.

Sin embargo, éste quiso consultar á Brettecourt, porque tenia cierto reparo de presentarse así en casa de una jóven, máxime adi-

vinando que Luisa le habia de recibir ocultándose de su padre.

—No vacileis, le dijo, el general.—La señorita Florimont, bajo apariencias un tanto traviesas, es una jóven muy razonable; la he visto varias veces en estos últimos dias..... Su padre es antiguo amigo mio, he pasado algunas veladas en su casa, he estudiado el carácter de su hija y la estimo mucho.

Juan Renaud, pues, algo excitado por la curiosidad, á la hora indicada, se dirigió á la calle de Verennes, en donde se hallaba la casa del notario.

Cuando llegó allí, el jóven alzó maquinalmente la cabeza y apercibió la linda carita de Luisa en una de las ventanas del primer piso. La saludó, y ella le hizo señas de que esperase.

Un instante despues una doncella aparecía en el portal, y llamaba en voz baja á Juan Renaud, diciéndole:

—Seguidme caballero.

Sin embargo, no le hicieron pasar por ningun camino oculto, subió por la escalera principal y penetró en el cuarto por la misma puerta que daba entrada á las demás visitas, solamente que ningun timbre sonó, ninguna puerta rechinó, ni ninguna conversacion turbó el magestuoso silencio de aquella casa. Todas las precauciones estaban bien tomadas para que

Juan Renaud penetrase en el saloncito de Luisilla, sin que nadie notase su presencia.

La jóven recibió sonriendo á Juan; pero fué fácil á éste notar que recientemente habia llorado mucho, pues la denunciaban sus ojos y el encendido carmin de sus mejillas, no obstante la capa de polvos que acababa de darse.

Desdichadas de amor, pensó el jóven, y besó la mano que Luisa le tendia, diciendo:

—Es mi derecho como aliado.

—Y como amigo, añadió ella; pues creo que no nos uuen solamente los lazos de comun interés, sino que hay entre nosotros algo de amistad.

—Mucho. Todos los que os conocen deben amaros.

—¿Deben?..... repitió Luisa haciendo un gesto graciosísimo.—Querreis decir deberian... Pero en las cuestiones del corazon, las cosas no andan siempre bien..... En fin, dispensadme por haberos obligado á abandonar á vuestra madre.

—Ella misma me ha aconsejado que no faltase á vuestra cita.

—Porque es muy buena..... se parece á vos. ¡Oh! os conozco á ambos. El señor de Brettecourt ha pasado tres veladas aquí..... el por qué, no lo sé; se encerraba con papá durante muchas horas, y no he encontrado medio de averiguar lo que trataban..... sin

embargo, ha hablado de vos delante de mí, y de tal modo que.....

—¿Qué os costaba trabajo creerlo?

—Nada de eso, caballero; al contrario, ha sido una gran satisfaccion para mí, porque yo..... he adivinado al veros, lo que sois. Bien sabeis que nosotras las mujeres, descubrimos en diez minutos lo que los hombres no ven ni en diez años.

Juan Renaud se inclinó como hombre que reconoce la perfecta superioridad de la mujer, y dijo:

—Así es como mi madre, en su cualidad de mujer, al leer vuestra carta, ha adivinado lo que sois vos, y me ha recomendado con interés os dijera, que tendrá mucho gusto en veros y en conoceros.....

—¿Cuándo esté completamente buena?

—No. En seguida.

Luisa no pudo contener un grito de alegría.

—¿En seguida?..... ¿os ha dicho que en seguida?

—Mi madre se está reponiendo con rapidez, y todas las tardes recibe á sus amigos.

Una oleada de sangre invadió la linda cara de Luisa y un relámpago de júbilo iluminó sus ojos.

—De modo que no la incomodaré si, por ejemplo, voy á verla mañana.

—Sí, mañana.

—¡Ah! ¡qué contenta estoy! No sospechaba, cuando hicimos nuestro tratado, que seríais para mí un aliado tan útil.

—¡No comprendo, señorita!

—Vais á entenderlo.

La jóven se quedó silenciosa durante algunos instantes, se puso de nuevo séria y melancólica, y despues dijo con la voz balbuciente y los ojos preñados de lágrimas:

—Sufro cruelmente, amigo mio, y es la primera vez que me hallo frente á frente con el dolor. Como no he conocido á mi madre, desde mi más tierna infancia he sido la reina, el ama de esta casa. Mi padre, no teniendo más que á mí á quien querer, me ha mimado mucho; todo se inclinaba ante mi voluntad y mis menores caprichos..... En fin, llegué á imaginarme que nadie pudiera resistirme..... Pero ¡oh desdicha! mi padre es hoy el causante de mi desgracia; mi padre, que hasta ahora ha hecho de mi vida un paraiso..... Mas no importa; estoy pronta á luchar, á defender mi amor.....

Al principio Luisa habló con el acento más desconsolado; pero cuando pronunció estas últimas palabras, hizo un gesto de rebelion, y su voz apareció firme y decidida.

—Amo á vuestro amigo Federico de Villepreux, y le amo sobre todo lo que existe en este mundo! Os estoy hablando como si fué-

rais mi hermano..... y es evidente, que sin las complicaciones que han surgido de pronto, hubiera podido llamaros así antes de que pasara mucho tiempo.....

Juan le tendió la mano, que ella estrechó con cariño.

—Os escucho como si lo fuera, dijo el jóven.

Ya comprendia que, á pesar de su aparente modo de ser, Luisa era una jóven muy sensata y no sentia, por lo tanto, haberse comprometido al hacerse su aliado.

—¡Oh! os hago mis confidencias con mucha franqueza, repuso.—Cuando he visto que querian quitarme toda esperanza, he dejado de ser niña; amo como si fuera una mujer, amo á Federico y no quiero que me le quiten....

—No os alarmeis de antemano..... ¿No os corresponde mi amigo?

—Soy demasiado franca, replicó con viveza Luisa, para hacerme ilusiones. Federico, antes de salir de Francia, me queria como á una niña, como á una compañera de juego; mientras que yo era ya completamente suya. ¡Le amo desde hace mucho tiempo..... os confieso que siempre lo ha sido todo para mí!

Y despues de una ligera pausa, repuso:

—Empecé á saber lo que eran lágrimas, cuando estábais encerrados en aquella malhadada ciudadela de Tuyen-Quang; pero esas

lágrimas que se ocultan y que no corren más que de noche en la soledad..... Cuando os batíais con aquellos piratas, vuestra madre no era la única que rogaba á Dios por vos; no sospechábais que dos niñas rezaban tambien por vosotros..... Sabia que estábais siempre juntos, y ¡cuántas veces Enriqueta y yo hemos ido á arrodillarnos á Santa Clotilde para pedir al Ser Supremo que os preservase de todo peligro! Yo no rezaba esas oraciones que se aprenden en los libros; decia solamente: "¡Dios mio, que todos los demás mueran, si esa es vuestra voluntad; pero proteged á Federico y á Juan Renaud!" Hasta os confieso que alguna vez añadia con egoismo: "¡Si de los dos es preciso que haya una víctima, Dios mio, que no sea Federico!"

Juan no pudo ménos de sonreirse, y Luisa continuó:

—Volvisteis ambos, y nos imaginábamos que nuestra novela tendria el más natural, como el más agradable de los desenlaces, es decir, dos casamientos en un mismo dia. Puedo confesároslo, porque tengo la costumbre de decirlo todo, sin multiplicar nada. Enriqueta se sentía perdidamente enamorada de vos, aun ántes de conoceros. Yo me burlaba de ella; mas he tenido que reconocer que le asistía la razon.

—¡Vamos, vamos! interrumpió Juan, ¿estamos aquí para que me alabéis?

—No; pero para declarar la verdad, y fiel á ella os digo, que conozco vuestra novela de amor, tan bien como vos: la mia no es ciertamente muy halagadora. Tenemos, vos y yo, un temible y astuto enemigo. ¿Sabéis quién es? Pues ese marqués de Villepreux..... ¡Oh, hay momentos que le aborrezco con toda mi alma! ¡pero, sin embargo, no tanto como á la americana!

—¿Qué americana es esa?

—¿No recordáis aquella gigantona... Miss Edith?.....

—¿Qué hemos visto en Marly-le-Roi?

—Sí. Pues bien; el marqués quiere casarla con su hijo.

—Pero Federico apenas la conoce.....

—¡Dispensadme, dispensadme, señor sargento! Decidme, vos que sois militar, ¿aguardáis á recibir las balas para presentir el peligro?..... En cuanto á mí, me ha bastado asistir á la presentacion de Federico á aquella gran estátua, para pensar: "¡Hé aquí arreglado un casamiento; deshagámoslo!" ¡Qué tiene más que yo esa americana? ¿Algunos centímetros más de estatura?..... ¿La fortuna? ¿Vale acaso más el dinero americano, cuyo orígen es desconocido, que el francés honradamente ganado?..... Tendria yo la certidumbre de mandar otra vez á esa *yankee* á sus pampas de América, si no tuviera en contra mia más que al marqués de Villepreux, pues cuento con el apoyo de las señoras..... Pero yo no podia preveer que mi padre sería el mayor obstáculo para la realizacion de mis proyectos.....

—¿El señor Florimont? Me parecía haber oido decir que era el amigo más antiguo de la familia de Villepreux.

—Así era, en efecto; pero desde vuestra llegada, todo ha variado..... Ese loco de Federico ha jugado allá; la culpa la tiene seguramente el Tonkin. Mi padre lo ha sabido y esto empezó á indisponerle contra el hijo, que por demás lo estaba ya contra el padre, y las relaciones se han interrumpido casi en seguida..... Luego parece que el marqués está comprometido en negocios..... negocios.....

Luisa no sabía explicar el género de asuntos á que se había lanzado el señor de Villepreux; pero Juan la ayudó.

—¿En negocios..... que no puede aprobar tal vez ningun notario?

—Es evidente, replicó Luisa Florimont.—El marqués estaba arruinado y ha querido recuperar algo de su fortuna; si hubiera salido bien de sus empresas, todo el mundo le aplaudiría.....

¿Y ha sido al contrario? preguntó Juan Renaud con cierta ansiedad.

—Sus cálculos han fallado completamente.

Juan estuvo á punto de decir: "¡Tanto mejor!" Pensaba que seria menos difícil el casamiento si Enriqueta no tuviera dote. ¿No era él bastante rico para los dos?

—Si no se tratase más que de una pérdida de dinero, prosiguió Luisa, mi padre no se hubiera opuesto á nuestro casamiento; pero, por lo visto, se trata de cosas más graves..... El señor de Villepreux ha cometido, segun parece actos..... actos.....

La jóven se detuvo otra vez.

—¿Qué actos, señorita?

—Hago mal quizás en deciros esto, porque si por ello amáseis despues menos á Enriqueta.....

—Los aliados deben hablarse con entera franqueza; y además os juro por mi honor, que no hay nada que pueda variar los sentimientos que me inspira la señorita de Villepreux.

—¡Pues bien! El marqués ha cometido actos en extremo vituperables..... Habrá sido arrastrado por fuerza superior á su voluntad; pero lo cierto es que se encuentra en una situacion muy penosa.....

Un relámpago de alegría pasó por los ojos de Juan. Si Luisa no exageraba, el señor de

Villepreux no tenía accion para echarle en cara su nacimiento.

La jóven continuó:

—Cuando mi padre supo esto, fué en seguida á buscarme al palacio de Villepreux, en donde me hallaba yo aquel dia..... ¡Estaba indignado! y la vista de un bonito coche que el marqués habia comprado para llevar á su hijo á la casa de la americana, le exasperó.

Encontramos á Federico y á su padre en el patio; el mio volvió la cabeza á otro lado para no saludarlos. Federico palideció de coraje, demasiado lo observé, y faltó poco para que yo desesperase de llegar al fin que me he propuesto. El incidente que os acabo de indicar servirá ahora de pretexto al señor de Villepreux para apartar á su hijo de mí y echarlo en brazos de la americana..... Vamos á empezar la lucha, una lucha en la que tenemos que usar de mucha astucia y apartarnos algo de los caminos regulares..... ¿Estais pronto á ayudarme?

—¿Qué hay que hacer?

—Por ahora una cosa muy sencilla: ¿Me habéis dicho que vuestra madre está pronta á recibirme?

—Está deseando conoceros.

—¿Federico va todos los dias á su casa?

—Irá mañana á las dos.

—¿Me permitís que me presente yo á la

misma hora?..... Rogaré al señor de Brettecourt que me acompañe, para no presentarme sola.

—Hasta mañana, pues, señorita, dijo Juan Renaud levantándose para marcharse.

—¿No me vituperaréis por obrar tan..... descaradamente?

—La franqueza nunca es vituperable. Solamente que en casa de mi madre apénas podréis cambiar algunas palabras con mi amigo.

—Que yo le vea un minuto y lo demás corre de mi cuenta.

Juan iba á despedirse de Luisa; pero ésta le detuvo.

—No os marcheis así, esperad un poco que os voy á dar una prenda.....

—¿Una prenda? dijo él sonriendo.

—¡Oh! tomo en serio mi papel de aliada; me haceis un favor y entre aliados los favores se pagan con favores.

—El placer de seros agradable es lo único que deseo.

—Esperadme cinco minutos, las seis van á dar y á esa hora es..... Permitid que os deje un momento.

Y viendo la curiosidad pintada en el rostro de Juan Renaud, Luisa salió soltando una sonora carcajada y desapareció.

Juan miraba la puerta por donde habia salido y murmuró:

—¡Qué niña tan original! ¡Rie, llora, llora, rie! ¡Mas que corazon!..... Federico es imperdonable.....

Luego se puso á examinar la pieza en que se hallaba; era un lindo saloncito lleno de muebles preciosísimos, las paredes estaban cubiertas con una rica tela y la chimenea parecia el escaparate de una de esas tiendas en donde se venden caprichosos objetos de porcelana de Sajonia y bronce dorado.

Estaba mirando un mapa del Tonkin colocado entre un dibujo de Greuze y otro de Latour, cuando sufrió una violenta conmocion, pues oyó abrirse la puerta y la voz de Luisa que decía:

—Espérame en el saloncito, Enriqueta; al momento estoy contigo.

Juan se volvió estupefacto y se halló enfrente de la señorita de Villepreux.

Estaba tan conmovido, que no pudo pronunciar una sola palabra, y Enriqueta tan sorprendida, que no acertaba á dar un paso.

¡Juan! dijo al fin.

—Soy víctima de una intriga, señorita; pero os ruego creais que no soy partícipe de ella.

—No lo dudo, caballero, es obra de esa loquilla; Luisa me ha mandado llamar con mucha prisa y casi en secreto, asegurándome que me necesitaba con urgencia....., He venido..... y os lo siento, amigo mio.

Al decir estas palabras, tendió la mano á Juan Renaud, que la cogió temblando.

—He tenido hoy noticias de vuestra madre; mi hermano, que conoce hasta qué punto es grande mi impaciencia por saber cómo está, fué en seguida á darme cuenta de su visita á vuestra casa.

—Mi madre, señorita, os agradece muchísimo el interés que le manifestais..... ¡Ojalá pueda decíroslo ella misma algun día! Por mi parte, bendigo á la encantadora amiga que me ha proporcionado la ocasion de veros y de daros las gracias.

Despues quedaron ambos jóvenes silenciosos, no atreviéndose á hablar de su amor, por más que tuvieran vivo deseo de hacerlo.

Enriqueta esperaba que Juan le dijese: "La enfermedad de mi madre me ha absorvido por completo, y no he podido contestar todavía á la carta del señor Villepreux."

Pero el jóven, despues de la primera explosion de ternura, permaneció callado y con la vista baja.

Ya no se acordaba de la ruina ni de la penosa situacion en que se hallaba el marqués, cosas ambas que le habian devuelto alguna esperanza; no pensaba en aquel instante más que en la distancia que le separaba á él, pobre sér sin nombre, de una jóven distinguida, bella y cuyo apellido era ilustre entre los más ilustres de la nobleza.

Este pensamiento absorvia y torturaba su espíritu, y por ende temia tambien que la misma simpatía que inspiraba su madre desapareciese cuando se supiera la verdad.

Enriqueta le amaria, á pesar de todo, á pesar de la irregularidad de su nacimiento; de eso no dudaba, ¿pero tendria para su madre el cariñaso respeto que él deseaba por parte de su mujer?

Y admitiendo que desapareciesen todas las dificultades, como lo esperaba Brettecourt, en el caso de que su casamiento verificase, ¿cómo sería acogida y tratada su madre en lo porvenir, por ambas marquesas de Villepreux, por aquellas intachables señoras?.....

En presencia de la hermosa jóven que llenaba todo su ser, Juan tuvo la sublime idea de sacrificarse.

Se arrodilló delante de su amada y cogiéndola una mano, le dijo con tono firme:

—¡Perdonadme, señorita, por haberme atrevido á alzar la vista hácia vos!..... Era un sueño encantador para mí; pero un sueño al fin.....

Enriqueta trastornada, murmuró:

—No os comprendo, caballero.

La jóven sentía ardientes lágrimas caer sobre su mano; la firmeza de Juan habia desa-

parecido bien pronto y no tuvo fuerza bastante para contener el llanto.

—Debeis haber adivinado, señorita, que nuestro casamiento es imposible.....

—¿Por qué?

—Vuestro padre se opone formalmente.

—No; ha pedido solamente algunos dias de reflexion, pues quiere conocer mejor..... Os ha escrito.....

—No contestaré á su carta.

Enriqueta experimentó en su pecho efectos cual si fueran de un terrible golpe, y dejándose caer maquinalmente en una butaca, toda llorosa, murmuró:

—¡Explicaos, amigo mio!

—Señorita lo que voy á deciros no debe ser conocido más que de vos..... Que ningun miembro de la familia sepa nunca lo que voy á confesaros.....

—Os lo prometo.

—No contestaré á la carta de vuestro padre, porque nada puedo decirle..... porque..... mi familia es tan poca cosa comparada con la de Villepreux, que no debo responder á lo que me ha preguntado vuestro padre..... En fin, señorita, *mi madre es mi única familia*..... ¡El marqués no consentirá nunca!..... Os amaré siempre; pero sabré desaparecer y me olvidareis.....

—¡Pobre Juan Renaud! ¡Cuánto le habia

costado hacer aquella media confesion! ¡Cuánta angustia sufria al hablar de su madre, aún d una manera tan vaga! Pero se quedó extasiado cuando Enriqueta le contestó con gran calma:

—¡Os amo, Juan, amo tambien y respeto á vuestra madre! ¡A pesar de la oposicion de mi padre, estoy dispuesta á ser vuestra esposa! ¡Qué me importan las cuestiones de familia! Vuestra nobleza está en vos..... Os he dado mi palabra, y una Villepreux no falta nunca á ella. Venceremos á mi padre, pues mi abuela, mi madre y Federico os quieren y os estiman mucho..... ¡Cualquiera que sea vuestro orígen, sois digno de nosotros, os lo juro! ¡Vuestra madre ocupa un sitio muy grande en nuestros corazones!..... ¡Juan Renaud, suceda lo que suceda, soy vuestra para siempre!...

VIII.

LA TRAVESURA DE LUISILLA.

Juan Renaud besaba las manos de Enriqueta, balbuceando:

—¡Oh, gracias, gracias!